

Si Jesús hubiese venido al mundo en nuestros días, lo habríamos despreciado como uno de tantos predicadores ambulantes al estilo americano. Nosotros, gente culta, preferimos una religiosidad más pura. No queremos un Dios milagrero y sanador. Pero Jesús era el mensajero del amor de Dios y supo desde el principio que ese amor se tenía que manifestar de una forma muy concreta: aliviando el dolor y el sufrimiento que hay en el mundo. Los cristianos tendríamos que empezar a hacer mucho más práctico y real el amor con que amamos a Dios. Como lo hizo la Madre Teresa, de la que hoy celebramos el aniversario de su muerte.

Al salir Jesús de la sinagoga fue a casa de Simón. La suegra de Simón estaba con fiebre muy alta, y le rogaron por ella. Jesús se inclinó hacia ella, dio una orden a la fiebre y ésta desapareció. Ella se levantó al instante y se puso a atenderlos.

Al ponerse el sol, todos los que tenían enfermos de diversos males se los llevaban a Jesús y él los sanaba imponiéndoles las manos a cada uno. También salieron demonios de varias personas; ellos gritaban: “Tú eres el Hijo de Dios”, pero él los amenazaba y no les permitía decir que él era el Mesías, porque lo sabían.

Jesús salió al amanecer y se fue a un lugar solitario. La gente lo andaba buscando, y los que pudieron dar con él le insistían para que no se fuera de su pueblo. Pero Jesús les dijo: “Yo tengo que anunciar también a las otras ciudades la Buena Nueva del Reino de Dios, porque para eso he sido enviado.” Salió, pues, a predicar por las sinagogas del país judío.

Cierto día la gente se agolpaba a su alrededor para escuchar la palabra de Dios, y él estaba de pie a la orilla del lago de Genesaret. En eso vio dos barcas amarradas al borde del lago; los pescadores habían bajado y lavaban las redes. Subió a una de las barcas, que era la de Simón, y le pidió que se alejara un poco de la orilla; luego se sentó y empezó a enseñar a la multitud desde la barca.

Cuando terminó de hablar, dijo a Simón: “Lleva la barca mar adentro y echen las redes para pescar.” Simón respondió: “Maestro, por más que lo hicimos durante toda la noche, no pescamos nada; pero, si tú lo dices, echaré las redes.” Así lo hicieron, y pescaron tal cantidad de peces, que las redes casi se rompían. Entonces hicieron señas a sus compañeros que estaban en la otra barca para que vinieran a ayudarlos. Vinieron y llenaron tanto las dos barcas, que por poco se hundían.

Al ver esto, Simón Pedro se arrojó ante Jesús, diciendo: “Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador.” Pues tanto él como sus ayudantes se habían quedado sin palabras por la pesca que acababan de hacer. Lo mismo les pasaba a Santiago y a Juan, hijos de Zebedeo, compañeros de Simón.

Jesús dijo a Simón: “No temas; en adelante serás pescador de hombres.” En seguida llevaron sus barcas a tierra, lo dejaron todo y siguieron a Jesús.

Jesús es capaz de abrir nuevas posibilidades donde nosotros no vemos más que callejones cerrados. El relato evangélico de hoy es una clara muestra de ello. Cuando Pedro y sus amigos están cansados y agotados sin haber conseguido pescar nada en toda la noche, Jesús los invita a volver a intentarlo. Cuando Pedro se hunde en la desesperación y reconoce que no es más que un pecador, Jesús lo invita a cambiar de profesión y pasar de ser pescador a ser apóstol. Cada vez que nos encontremos sin salida, desanimados, hundidos, deberíamos alzar la mirada. Hallaremos a Jesús invitándonos a levantarnos y a vivir como cristianos de verdad.

¿Observaron el sabor de los vinos jóvenes? No tienen el gusto de los añejos pero traen consigo la novedad: sabores inesperados, sorprendentes. Revolucionarios incluso. Nada que ver con el reposo de los vinos de años, de cosechas añejas. Cuando compramos una botella de esas que tienen una fecha de más de 10 años, ya sabemos lo que vamos a encontrar. En el fondo, más de lo mismo. Así eran los fariseos, los escribas y a veces también nosotros. Sólo nos gusta repetir y repetir los viejos sabores. Y se nos pasa de largo la novedad del Reino. ¡Qué pena!

Algunos fariseos y letrados le dijeron a Jesús: “Los discípulos de Juan ayunan a menudo y rezan sus oraciones, y lo mismo hacen los discípulos de los fariseos, mientras que los tuyos comen y beben.” Jesús les respondió: “Ustedes no pueden obligar a los compañeros del novio a que ayunen mientras el novio está con ellos. Llegará el momento en que les será quitado el novio, y entonces ayunarán.”

Jesús les propuso además esta comparación: “Nadie saca un pedazo de un vestido nuevo para remendar otro viejo. ¿Quién va a romper algo nuevo, para que después el pedazo tomado del nuevo no le venga bien al vestido viejo? Nadie echa tampoco vino nuevo en envases de cuero viejos; si lo hace, el vino nuevo hará reventar los envases, se derramará el vino y se perderán también los envases. Pongan el vino nuevo en envases nuevos. Y miren: el que esté acostumbrado al añejo no querrá vino nuevo, sino que dirá: El añejo es el bueno.”

Un sábado, Jesús atravesaba unos sembrados, y sus discípulos cortaban espigas, las desgranaban en las manos y se comían el grano. Algunos fariseos les dijeron: “¿Por qué hacen lo que no está permitido hacer en día sábado?” Jesús les respondió: “¿Ustedes no han leído lo que hizo David, y con él sus hombres, un día que tuvieron hambre? Pues entró en la Casa de Dios, tomó los panes de la ofrenda, los comió y les dio también a sus hombres, a pesar de que sólo estaba permitido a los sacerdotes comer de ese pan.” Y Jesús añadió: “El Hijo del Hombre es Señor y tiene autoridad sobre el sábado.”

Decididamente siempre hay gente en el mundo que tiene poco que hacer y que por eso se pasa el día mirando lo que hacen los demás y, sobre todo, mirando a ver si los pueden pescar en falta. De eso en la Iglesia hay bastante. Son los que se auto-proclaman guardianes de la ortodoxia y no tienen duda en denunciar los pecados de sus hermanos. Eso sí, hacen su denuncia en secreto, en cuchicheos y murmuraciones. Es como si clavasen cuchillos por la espalda. Su actitud no construye Iglesia sino que la destruye. Al menos los fariseos tuvieron valor para preguntar directamente a los discípulos por qué hacían lo que no estaba permitido.

Los "egos" muy grandes y prominentes tienen problemas en todas partes. No sólo en el seguimiento de Jesús. También son fastidiosos para amigos, para compañeros de trabajo o para vivir con ellos en pareja. Es que los que viven muy centrados en sí mismos tienen generalmente un problema: se les termina la perspectiva en la punta de su nariz. Lo que a Jesús le hace falta es gente capaz de mirar a lo lejos, de descubrir a los hermanos por muy escondidos o disfrazados que estén. Lo que Jesús necesita son personas normales capaces de amar, de darse generosamente sin pensar continuamente en las propias necesidades.



## 23° DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

5

Sab 9,13-18

¿Quién, en realidad, podría conocer la voluntad del Señor? ¿Quién se apasionará por lo que quiere el Señor? La razón humana avanza tímidamente, nuestras reflexiones no son seguras, porque un cuerpo perecible pesa enormemente sobre el alma, y nuestra cáscara de arcilla paraliza al espíritu que está siempre en vela. Si nos cuesta conocer las cosas terrestres, y descubrir lo que está al alcance de la mano, ¿quién podrá comprender lo que está en los cielos?

Querido hermano: El rogante es Pablo, ya anciano, y ahora preso por Cristo Jesús, y la petición es para mi hijo Onésimo, a quien transmití la vida mientras estaba preso. Este Onésimo por un tiempo no te fue útil, pero ahora te va a ser muy útil, como lo ha sido para mí. Te lo devuelvo; recibe en su persona mi propio corazón. Hubiera deseado retenerlo a mi lado para que me sirviera en tu lugar mientras estoy preso por el Evangelio. Pero no quise hacer nada sin tu acuerdo, ni imponerte una obra buena, sino dejar que la hagas libremente. Alo mejor Onésimo te fue quitado por un momento para que lo ganes para la eternidad. Ya no será esclavo, sino algo mucho mejor, pues ha pasado a ser para mí un hermano muy querido, y lo será mucho más todavía para ti.

Lc 14,25-33

Caminaba con Jesús un gran gentío. Se volvió hacia ellos y les dijo: "Si alguno quiere venir a mí y no pospone a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, sus hermanos y hermanas, e incluso a su propia persona, no puede ser discípulo mío. El que no carga con su propia cruz para seguirme luego, no puede ser discípulo mío. Cuando uno de ustedes quiere construir una casa en el campo, ¿no comienza por sentarse y hacer las cuentas, para ver si tiene para terminarla? Porque si pone los cimientos y después no puede acabar la obra, todos los que lo vean se burlarán de él, diciendo: ¡Ese hombre comenzó a edificar y no fue capaz de terminar! Y cuando un rey parte a pelear contra otro rey, ¿no se sienta antes para pensarlo bien? ¿Podrá con sus diez mil hombres hacer frente al otro que viene contra él con veinte mil? Y si no puede, envía mensajeros mientras el otro está aún lejos para llegar a un arreglo. Esto vale para ustedes: el que no renuncia a todo lo que tiene, no podrá ser discípulo mío."

Fim 9-10, 12-17

¡Qué rabia da cuando lo descubren a uno en falta! En realidad, es casi seguro que nos duele más el hecho de que nos hayan descubierto que el hecho de haber cometido un error. Y, como es natural, la primera tentación es la de matar al mensajero. Es la razón por la que los políticos nunca se terminan de entender bien con los periodistas. A los escribas y fariseos Jesús los descubrió en un renuncio de mucho cuidado. Les hizo una pregunta a la que no podían responder. Los metió en un callejón sin salida. Se pusieron furiosos de verdad. Ya entonces decidieron acabar con él. ¿Por qué no se les pasó por la mente la idea de que quizá eran ellos los que tenían que cambiar?

Un sábado Jesús había entrado en la sinagoga y enseñaba. Había allí un hombre que tenía paralizada la mano derecha. Los maestros de la Ley y los fariseos espiaban a Jesús para ver si hacía una curación en día sábado y encontrar así motivo para acusarlo.

Pero Jesús, que conocía sus pensamientos, dijo al hombre que tenía la mano paralizada: "Levántate y ponte ahí en medio." Él se levantó y permaneció de pie. Entonces Jesús les dijo: "Austedes les pregunto: ¿Qué permite hacer la Ley en día sábado: hacer el bien o hacer daño, salvar una vida o destruirla?"

Paseando entonces su mirada sobre todos ellos, dijo al hombre: "Extiende tu mano." Lo hizo, y su mano quedó sana. Pero ellos se llenaron de rabia y comenzaron a discutir entre sí qué podrían hacer contra Jesús.

En aquellos días Jesús se fue a orar a un cerro y pasó toda la noche en oración con Dios. Al llegar el día llamó a sus discípulos y escogió a doce de ellos, a los que llamó apóstoles: Simón, al que le dio el nombre de Pedro, y su hermano Andrés, Santiago, Juan, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago, hijo de Alfeo, Simón, apodado Zelota, Judas, hermano de Santiago, y Judas Iscariote, que fue el traidor.

Jesús bajó con ellos y se detuvo en un lugar llano. Había allí un grupo impresionante de discípulos suyos y una cantidad de gente procedente de toda Judea y de Jerusalén y también de la costa de Tiro y de Sidón. Habían venido para oírlo y para que los sanara de sus enfermedades; también los atormentados por espíritus malos recibían curación. Por eso cada cual trataba de tocarlo, porque de él salía una fuerza que los sanaba a todos.

Jesús pasa la noche orando, elige a los apóstoles, atiende a los enfermos que le traen y enseña al pueblo. El evangelio dice textualmente que de él salía "una fuerza que sanaba a todos". Dicho de otra manera, se podría decir que tenía una vitalidad extraordinaria. Como si la fuerza de la vida estuviese presente en él de una forma especial. Lo sentían los discípulos y los que venían a escucharlo y presentarle sus enfermos desde lejos. Lo han sentido generaciones de cristianos a lo largo de la historia. Por eso sigue valiendo la pena acercarse a Jesús. Porque cerca de él se encuentra de un modo especial la Vida.

**TIEMPO ORDINARIO**  
**23ª Semana**

Nacimiento de la Virgen María

**Miq 5,1-4 or Rom 8,28-30 Mt 1,18-23**

Aunque es la fiesta del nacimiento de María, el evangelio no nos habla en absoluto de ello. Habla más bien de cómo nació Jesús y de su ascendencia. Es que la vida de María está en torno a la de Jesús. Desde su hijo es como toda su vida cobra sentido. Quizá porque sea así siempre la vida de las madres. Celebrar la Natividad de María es hacer memoria del comienzo de una historia sencilla y extraordinaria a la vez. En la simplicidad de su vida, Dios se hizo carne, se hizo bebé, criatura recién nacida. Asu manos de madre, Dios se confió hecho fragilidad. Por eso, una y otra vez miramos esas manos de madre. Y alabamos a Dios por ellas y por Ella.

El nacimiento de Jesús el Mesías sucedió así: Su madre, María, estaba comprometida con José, y antes del matrimonio, resultó que estaba embarazada, por obra del Espíritu Santo. José, su esposo, que era honrado y no quería denunciarla públicamente, pensó abandonarla en secreto. Ya lo tenía decidido, cuando un ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo:

“José, hijo de David, no tengas inconveniente para recibir a María como esposa tuya, pues la criatura que espera es obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, a quien llamarás Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados.”

Todo esto sucedió de modo que se cumpliera lo que el Señor había anunciado por medio del profeta: “Mira, la virgen está embarazada, dará a luz a un hijo que se llamará Emanuel (que significa Dios-con-nosotros).” Cuando José se despertó del sueño, hizo lo que el ángel del Señor le había ordenado y recibió a María como esposa. Pero no tuvo relaciones con ella hasta que dio a luz un hijo, al cual llamó Jesús.

**TIEMPO ORDINARIO**  
**23ª Semana**

San Pedro Claver

**1Cor 8,1-7.11-13 Lc 6,27-38**

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: “Yo les digo a ustedes que me escuchan: amen a sus enemigos, hagan el bien a los que los odian, bendigan a los que los maldicen, rueguen por los que los maltratan. Al que te golpea en una mejilla, preséntale también la otra. Al que te arrebató el manto, entrégale también el vestido. Da al que te pide, y al que te quita lo tuyo, no se lo reclames.

Traten a los demás como quieren que ellos los traten a ustedes. Porque si ustedes aman a los que los aman, ¿qué mérito tienen? Hasta los malos aman a los que los aman. Y si hacen bien a los que les hacen bien, ¿qué gracia tiene? También los pecadores obran así. Y si prestan algo a los que les pueden retribuir, ¿qué gracia tiene? También los pecadores prestan a pecadores para que éstos correspondan con algo.

Amen a sus enemigos, hagan el bien y presten sin esperar nada a cambio. Entonces la recompensa de ustedes será grande y serán hijos del Altísimo, que es bueno con los ingratos y los pecadores. Sean compasivos como es compasivo el Padre de ustedes.

No juzguen y no serán juzgados; no condenen y no serán condenados; perdonen y serán perdonados. Den, y se les dará; se les echará en su delantal una medida colmada, apretada y rebosante. Porque con la medida que ustedes midan serán medidos ustedes.”

Jesús lo podía decir más fuerte pero no más claro. Su precepto central es amar y hacerlo sin medida, generosa y gratuitamente, sin buscar recompensa de ningún tipo. Por si acaso no lo entendemos la primera vez, nos lo dice de muchas maneras. Pero siempre lo mismo. Se puede releer otra vez el evangelio de este día y se confirmará. Otra cosa son las disculpas que ponemos muchas veces para amar sólo a los que nos aman, para exigir recompensa, para ser egoístas. ¿Cuándo dejaremos de poner disculpas, de darnos razones para no seguir lo que nos pide Jesús? ¿Cuándo descubriremos dónde está la verdadera felicidad?

Esto de la paja y la viga no sé si tendrá que ver mucho con la revelación pero ciertamente es una de esas veces en que Jesús acierta con la verdad del corazón humano. Pasaba entonces, pasa ahora y seguirá pasando por siempre. Se nos hace difícil mirarnos al espejo y descubrir nuestras vigas. Y, sin embargo, ¡cuán fácil nos resulta ver hasta la más mínima mota en la vida ajena! Nuestras vigas no las sentimos ni siquiera cuando son tan grandes que nos doblan la espalda. Y cuando alguien nos viene a decir que tenemos una viga grande, lo negamos y lo rechazamos. Habrá que seguir meditando este Evangelio y pidiendo un poco más de humildad.

Jesús les puso también esta comparación a sus discípulos: "¿Puede un ciego guiar a otro ciego? Ciertamente caerán ambos en algún hoyo. El discípulo no está por encima de su maestro, pero si se deja formar, se parecerá a su maestro.

¿Y por qué te fijas en la pelusa que tiene tu hermano en un ojo, si no eres consciente de la viga que tienes en el tuyo? ¿Cómo puedes decir a tu hermano: «Hermano, deja que te saque la pelusa que tienes en el ojo», si tú no ves la viga en el tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu propio ojo para que veas con claridad, y entonces sacarás la pelusa del ojo de tu hermano."

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "No hay árbol bueno que dé frutos malos, ni tampoco árbol malo que dé frutos buenos. Cada árbol se conoce por sus frutos. No se recogen higos de los espinos ni se sacan uvas de las zarzas. Así, el hombre bueno saca cosas buenas del tesoro que tiene en su corazón, mientras que el malo, de su fondo malo saca cosas malas. La boca habla de lo que está lleno el corazón.

¿Por qué me llaman: ¡Señor! ¡Señor!, y no hacen lo que digo?

Les voy a decir a quién se parece el que viene a mí y escucha mis palabras y las practica. Se parece a un hombre que construyó una casa; cavó profundamente y puso los cimientos sobre la roca; vino una inundación y la corriente se precipitó sobre la casa, pero no pudo removerla porque estaba bien construida.

Por el contrario, el que escucha, pero no pone en práctica, se parece a un hombre que construyó su casa sobre tierra, sin cimientos. La corriente se precipitó sobre ella y en seguida se desmoronó, siendo grande el desastre de aquella casa."

No hay más remedio que acordarse del refrán que dice "A Dios rogando y con el mazo dando". Algo así es lo que Jesús nos dice hoy. No vaya a ser que se nos pase el tiempo diciendo eso de "Señor, Señor" y luego el agua nos cubra. Vamos, que se nos va la fuerza por la boca. Seguir a Jesús tiene que llevarnos a vivir como él nos propone, a amar a los que nos rodean, a construir el Reino, la casa a que se refiere Jesús, con buenos fundamentos (amor, fraternidad, atención a los más débiles, perdón) y no sobre arena. No vaya a ser que a la primera dificultad nos hundamos. Es que seguir a Jesús tiene sus exigencias y no podemos ser cobardes.

Hay personas, en la Iglesia, en las empresas, en los partidos políticos y un poco por todas partes, a quienes les encanta excluir, marcar fronteras, expulsar a los que no piensan o no son como ellos. A Jesús, por el contrario, le encanta incluir, acoger sin condiciones. Dice que la alegría es enorme en el cielo cada vez que alguien que estaba alejado decide acercarse. Lo que no dice es que los del cielo hayan echado a nadie. Se insinúa más bien que el "pecador" de que se habla fue el que decidió alejarse. Jesús nos reúne porque siente que todos nosotros, sin excepción, somos suyos, su familia. Simplemente por ser lo que somos: hijos de Dios.



**Ex 32,7-11.13-14**  
**1Tim 1,12-17**

Doy gracias al que me da la fuerza, a Cristo Jesús, nuestro Señor, por la confianza que tuvo al llamarme al ministerio. Porque siendo yo en un comienzo un adversario, un perseguidor y un violento, él me perdonó porque obraba de buena fe cuando me negaba a creer, y la gracia de nuestro Señor me invadió, junto con la fe y el amor que está en Cristo Jesús. Esto es muy cierto, y todos lo pueden creer, que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales soy yo el primero. Por esa razón fui perdonado, para que en mí se manifestara en primer lugar toda la paciencia de Cristo Jesús, y fuera así un ejemplo para todos los que han de creer en él y llegar a la vida eterna. Al Rey de los siglos, al Dios único, inmortal e invisible, honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Los publicanos y pecadores se acercaban a Jesús para escucharlo. Por esto los fariseos y los maestros de la Ley lo criticaban entre sí: "Este hombre da buena acogida a los pecadores y come con ellos." Entonces Jesús les dijo esta parábola: **Lc 15,1-32**

"Si alguno de ustedes pierde una oveja de las cien que tiene, ¿no deja las otras noventa y nueve en el desierto y se va en busca de la que se le perdió hasta que la encuentra? Y cuando la encuentra, se la carga muy feliz sobre los hombros, y al llegar a su casa reúne a los amigos y vecinos y les dice: «Alérgense conmigo, porque he encontrado la oveja que se me había perdido.» Yo les digo que de igual modo habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que vuelve a Dios que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de convertirse.

Y si una mujer pierde una moneda de las diez que tiene, ¿no enciende una lámpara, barre la casa y busca cuidadosamente hasta que la encuentra? Y apenas la encuentra, reúne a sus amigas y vecinas y les dice: «Alérgense conmigo, porque hallé la moneda que se me había perdido.» De igual manera, yo se lo digo, hay alegría entre los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierte."

El tema de la fe lo hemos sacralizado demasiado. Hemos hablado mucho, casi exclusivamente, de creer en Dios y nos hemos olvidado de que la fe es la condición básica y esencial de toda relación humana. Sin fe y confianza no hay relación posible. Quizá sea ésa la aportación mejor de Jesús: hacernos ver que tenemos que creer en los demás, en los que nos rodean. Puesto que todos somos hijos de Dios, no hay razón para vivir en la desconfianza por muy diferente que aparezca el otro a primera vista. El centurión creía en Jesús. Su fe hizo posible que Jesús actuara. Cuando creemos en los demás, hacemos posible que salga a la luz lo mejor de esas personas.

Cuando Jesús terminó de enseñar al pueblo, entró en Cafarnaún.

Había allí un capitán que tenía un sirviente muy enfermo al que quería mucho, y que estaba a punto de morir. Habiendo oído hablar de Jesús, le envió algunos judíos importantes para rogarle que viniera y salvara a su sirviente. Llegaron donde estaba Jesús y le rogaron insistentemente, diciéndole: “Este hombre se merece que le hagas este favor, pues ama a nuestro pueblo y nos ha construido una sinagoga.”

Jesús se puso en camino con ellos. No estaban ya lejos de la casa cuando el capitán envió a unos amigos para que le dijeran: “Señor, no te molestes, pues ¿quién soy yo, para que entres bajo mi techo? Por eso ni siquiera me atreví a ir personalmente a verte. Basta que tú digas una palabra y mi sirviente se sanará. Yo mismo, a pesar de que soy un subalterno, tengo soldados a mis órdenes, y cuando le ordeno a uno: ‘Vete’, va; y si le digo a otro: ‘Ven’, viene; y si digo a mi sirviente: ‘Haz esto’, lo hace.”

Al oír estas palabras, Jesús quedó admirado, y volviéndose hacia la gente que lo seguía, dijo: “Les aseguro que ni siquiera en Israel he hallado una fe tan grande.” Y cuando los enviados regresaron a casa, encontraron al sirviente totalmente restablecido.

Algunos dirán que los cristianos adoramos un instrumento horrible de tortura. Dirán que es el signo del triunfo de los de siempre, de los poderosos, de los opresores. Dirán que es el signo del triunfo de la injusticia. No son capaces de ir más allá de las apariencias. La

Cruz es para los creyentes símbolo de vida. Y, por supuesto, símbolo de justicia. Una justicia solidaria porque en ella el inocente Jesús se ha hecho solidario con todos los que sufren injustamente. Por eso

los cristianos nos sentimos solidarios con todos los que sufren. La Cruz nos moviliza. Es nuestro símbolo. Nos dice que Dios, el Dios de la vida y la justicia, está con nosotros en esta lucha.

En aquel tiempo dijo Jesús a Nicodemo: “Nadie ha subido al Cielo sino sólo el que ha bajado del Cielo, el Hijo del Hombre.

Recuerden la serpiente que Moisés hizo levantar en el desierto: así también tiene que ser levantado el Hijo del Hombre, y entonces todo el que crea en él tendrá por él vida eterna.

¡Así amó Dios al mundo! Le dio al Hijo Único, para que quien cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna. Dios no envió al Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que se salve el mundo gracias a él.”

La figura de María al pie de la cruz nos trae a la mente y al corazón el dolor de la muerte. La muerte siempre significa separación, ruptura, alejamiento. Pero no nos hagamos ilusiones. No era más que la muerte de un condenado a muerte. Posiblemente, nadie se compadeció de ella. Nadie la acompañó en su dolor. Es un buen día para hacernos solidarios con tantas personas que sufren en silencio y en soledad. Es un buen día para abrir el corazón a la realidad de tantos que mueren sin tener nadie que los llore. Es un buen día para sentir que, cada vez que alguien muere, es nuestra vida la que muere un poco porque se nos muere un hermano o una hermana.

Cerca de la cruz de Jesús estaba su madre, con María, la hermana de su madre, esposa de Cleofás, y María de Magdala. Jesús, al ver a la Madre y junto a ella al discípulo que más quería, dijo a la Madre: "Mujer, ahí tienes a tu hijo." Después dijo al discípulo: "Ahí tienes a tu madre." Y desde aquel momento el discípulo se la llevó a su casa.

Un fariseo invitó a Jesús a comer. Entró en casa del fariseo y se reclinó en el sofá para comer. En aquel pueblo había una mujer conocida como una pecadora; al enterarse de que Jesús estaba comiendo en casa del fariseo, tomó un frasco de perfume, se colocó detrás de él, a sus pies, y se puso a llorar. Sus lágrimas empezaron a regar los pies de Jesús y ella trató de secarlos con su cabello. Luego le besaba los pies y derramaba sobre ellos el perfume. Al ver esto el fariseo que lo había invitado, se dijo interiormente: "Si este hombre fuera profeta, sabría que la mujer que lo está tocando es una pecadora, conocería a la mujer y lo que vale."

Pero Jesús, tomando la palabra, le dijo: "Simón, tengo algo que decirte." Simón contestó: "Habla, Maestro." Y Jesús le dijo: "Un prestamista tenía dos deudores: uno le debía quinientas monedas y el otro cincuenta. Como no tenían con qué pagarle, les perdonó la deuda a ambos. ¿Cuál de los dos lo querrá más?" Simón le contestó: "Pienso que aquel a quien le perdonó más." Y Jesús le dijo: "Has juzgado bien." Y volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: "¿Ves a esta mujer? Cuando entré en tu casa, no me ofreciste agua para los pies, mientras que ella me ha lavado los pies con sus lágrimas y me los ha secado con sus cabellos. Tú no me has recibido con un beso, pero ella, desde que entré, no ha dejado de cubrirme los pies de besos. Tú no me ungiste la cabeza con aceite; ella, en cambio, ha derramado perfume sobre mis pies. Por eso te digo que sus pecados, sus numerosos pecados, le quedan perdonados, por el mucho amor que ha manifestado. En cambio aquel al que se le perdona poco, demuestra poco amor."

Sólo una mujer sería capaz de expresarse de una manera como la que se describe en el evangelio de hoy. Es una forma clarísima de expresar amor. Habla de un corazón con una capacidad inmensa de amar. Por eso, esa mujer es apta para el Reino. Va con el corazón por delante. La comparación con la actitud del fariseo que había invitado a Jesús a comer no es posible porque no hay puntos de contacto. El fariseo estaba preocupado por discutir de la religión. La mujer vivía, aunque no pusiese nombre a lo que hacía, la espiritualidad más profunda que es posible vivir. Ojalá aprendiésemos a amar a Jesús y a los hermanos como ella.

El grupo de los cercanos de Jesús se reduce. Son los doce apóstoles y, ¡sorpresa!, un buen grupo de mujeres. Hay que subrayar este hecho porque la mayoría de las veces a Jesús se lo representa apenas con los discípulos, hombres, y se olvida esa presencia femenina. Hoy en la Iglesia también hay muchas mujeres trabajando en muchos lugares, haciendo muchos servicios de forma callada, pero su presencia a veces es olvidada y no se les permite acceder a puestos de responsabilidad ni participar en la toma de decisiones. Nuestra Iglesia debería ser más igualitaria y permitir una mayor presencia de la mujer en todos los niveles.

Jesús iba recorriendo ciudades y aldeas predicando y anunciando la Buena Nueva del Reino de Dios. Lo acompañaban los Doce y también algunas mujeres a las que había curado de espíritus malos o de enfermedades: María, por sobrenombre Magdalena, de la que habían salido siete demonios; Juana, mujer de un administrador de Herodes, llamado Cuza; Susana, y varias otras que los atendían con sus propios recursos.

Un día se congregó un gran número de personas, pues la gente venía a verlo de todas las ciudades, y Jesús se puso a hablarles por medio de comparaciones o parábolas:

“El sembrador salió a sembrar. Al ir sembrando, una parte del grano cayó a lo largo del camino, lo pisotearon y las aves del cielo lo comieron. Otra parte cayó sobre rocas; brotó, pero luego se secó por falta de humedad. Otra cayó entre espinos, y los espinos crecieron con la semilla y la ahogaron. Y otra cayó en tierra buena, creció y produjo el ciento por uno.” Al terminar, Jesús exclamó: “Escuchen, pues, si ustedes tienen oídos para oír.”

Sus discípulos le preguntaron qué quería decir aquella comparación. Jesús les contestó: “A ustedes se les concede conocer los misterios del Reino de Dios, mientras que a los demás les llega en parábolas. Así, pues, mirando no ven y oyendo no comprenden.

Aprendan lo que significa esta comparación: La semilla es la palabra de Dios. Los que están a lo largo del camino son los que han escuchado la palabra, pero después viene el diablo y la arranca de su corazón, pues no quiere que crean y se salven. Lo que cayó sobre la roca son los que, al escuchar la palabra, la acogen con alegría, pero no tienen raíz; no crean más que por un tiempo y fallan en la hora de la prueba. Lo que cayó entre espinos son los que han escuchado, pero las preocupaciones, las riquezas y los placeres de la vida los ahogan mientras van caminando, y no llegan a madurar. Yo que cae en tierra buena son los que reciben la palabra con un corazón noble y generoso, la guardan y, perseverando, dan fruto.”

A Jesús lo seguía mucha gente. Sabía que no todos escuchaban su palabra por igual. Pero, importa repetirlo, Dios no pide a nadie nada más allá de sus propias fuerzas y capacidad. Cuando en la comunidad cristiana pretendemos medir a todos por el mismo rasero, nos equivocamos. Todos caben en la comunidad, todos estamos llamados a la santidad, pero cada uno a nuestra manera, según nuestra capacidad. ¿Por qué pretender que todos hagan lo que yo hago o piensen como yo o recen como yo o participen en las actividades en que yo participo? ¿Qué sabemos del corazón de las personas y de cómo llega a ellas la Palabra?

El administrador de la parábola se la hizo buena al dueño. Pero, visto que no tenía nada que perder, hay que decir que fue un tipo inteligente. Supo arreglarse el futuro. Los habitantes de los países ricos deberían hacer algo parecido. Porque el bienestar de que gozan tampoco les pertenece. Se ha levantado sobre su trabajo, ciertamente, pero también sobre el expolio de muchos de los países que hoy son pobres y subdesarrollados. Es tiempo de empezar a perdonar deudas y compartir algo más de lo que tienen para, al menos, asegurarse el futuro. Porque el día que se enojen los pobres... o el dueño...



Austedes me dirijo, explotadores del pobre, que quisieran hacer desaparecer a los humildes. Ahí están sus palabras: “¿Cuándo pasará la fiesta de la luna nueva, para que podamos vender nuestro trigo? (...) Vamos a reducir la medida, aumentar los precios y falsear las balanzas.” Ustedes juegan con la vida del pobre y del miserable tan sólo por algún dinero o por un par de sandalias. Pero no, pues Yavé jura, por su Tierra Santa, que jamás ha de olvidar lo que ustedes hacen.

Am 8:4-7  
1 Tim 2:1-8

**Lc 16:1-13** Jesús dijo también a sus discípulos: “Había un hombre rico que tenía un administrador, y le vinieron a decir que estaba malgastando sus bienes. Lo mandó llamar y le dijo: «¿Qué oigo decir de ti? Dame cuenta de tu administración, porque ya no continuarás en ese cargo.» El administrador se dijo: «¿Qué voy a hacer ahora que mi patrón me despide de mi empleo? Para trabajar la tierra no tengo fuerzas, y pedir limosna me da vergüenza. Ya sé lo que voy a hacer para que, cuando me quiten el cargo, tenga gente que me reciba en su casa.» Llamó uno por uno a los que tenían deudas con su patrón, y dijo al primero: «¿Cuánto debes a mi patrón?» Le contestó: «Cien barriles de aceite.» Le dijo el administrador: «Toma tu recibo, siéntate y escribe en seguida cincuenta.» Después dijo a otro: «Ytú, ¿cuánto le debes?» Contestó: «Cuatrocientos quintales de trigo.» Entonces le dijo: «Toma tu recibo y escribe trescientos.» El patrón admiró la manera tan inteligente de actuar de ese administrador que lo estafaba. Pues es cierto que los hijos de este mundo sacan más provecho de sus relaciones sociales que los hijos de la luz. Por eso les digo: Utilicen el dinero sucio para hacerse amigos, para que cuando les llegue a faltar, los reciban a ustedes en las moradas eternas.

El que ha sido digno de confianza en cosas sin importancia, será digno de confianza también en las importantes; y el que no ha sido honrado en las cosas mínimas, tampoco será honrado en las cosas importantes. Por lo tanto, si ustedes no han sido dignos de confianza en manejar el sucio dinero, ¿quién les va a confiar los bienes verdaderos? Y si no se han mostrado dignos de confianza con cosas ajenas, ¿quién les confiará los bienes que son realmente nuestros? Ningún siervo puede servir a dos patrones, porque necesariamente odiará a uno y amará al otro o bien será fiel a uno y despreocupado al otro. Ustedes no pueden servir al mismo tiempo a Dios y al Dinero.”

En nuestros días la luz está al alcance de la mano. Tocamos una llave y ¡milagro! ya es de día. Así, hemos terminado creyendo que nuestro ingenio y nuestro trabajo son suficientes para iluminar este mundo. Pero todo nuestro ingenio no ha conseguido iluminar las tinieblas que tantas veces se enseñorean de nuestro corazón. Seguimos necesitando la luz humilde del candil, del Evangelio. Lo que pasa es que a veces ya no somos capaces de ver el candil. No porque lo hayamos puesto debajo de la cama sino porque hay demasiada luz artificial, es demasiado brillante y nos impide ver la llama del candil de Jesús.

En aquel tiempo, dijo Jesús a la gente: "Nadie enciende una lámpara para cubrirla con una vasija o para colocarla debajo de la cama. Por el contrario, la pone sobre un candelero para que los que entren vean la luz. No hay nada escondido que no deba ser descubierto, ni nada tan secreto que no llegue a conocerse y salir a la luz. Por tanto, fíjense bien en la manera como escuchan. Porque al que produce se le dará, y al que no tiene se le quitará hasta lo que cree tener."

En aquel tiempo, vio Jesús a un hombre llamado Mateo sentado ante la mesa de los impuestos. Le dijo: "Sígueme." Él se levantó y lo siguió. Estando Jesús en la casa, sentado a la mesa, muchos recaudadores y pecadores llegaron y se sentaron con Jesús y sus discípulos. Al verlo, los fariseos dijeron a los discípulos: "¿Por qué su maestro come con recaudadores y pecadores?" Él lo oyó y contestó: "No son los sanos los que tienen necesidad del médico, sino los enfermos. Vayan a estudiar lo que significa *misericordia quiero y no sacrificios*. No vine a llamar a justos, sino a pecadores."

Mateo es un caso extraño entre los apóstoles. La mayoría eran pescadores de Galilea. Sin embargo, Mateo era publicano. Es decir, cobrador de impuestos para los dominadores romanos. Un colaboracionista. Un traidor a la causa del pueblo. En nuestra sociedad lo normal habría sido llevarlo a los tribunales y reclamar su castigo. Jesús lo invita a ser de los suyos. Seguro que los otros apóstoles lo miraron mal. ¿Qué tipo de Mesías era Jesús que invitaba a un traidor como aquel a formar parte de su grupo? Buena pregunta. Jesús habría respondido con algo así como: "Así es el Reino". Y convirtió a un publicano en un apóstol. Y el Reino se hizo más real.

Siempre hubo misioneros y misioneras. Muchos salieron de sus países y fueron a lugares lejanos. Otros realizaron la misión en la parroquia de su barrio. Pero siempre se caracterizaron por dos cosas: anunciar con palabras y obras la Buena Nueva del Reino, el amor de Dios, que invita a todos a formar parte de su familia. Y vivieron ligeros de equipaje tal y como lo pide Jesús en el Evangelio. Por eso fueron capaces de llevar las manos abiertas para saludar y recibir a todos. Los que llevan muchas cosas con ellos ya tienen las manos ocupadas. Ni saludar pueden.

Jesús reunió a los Doce y les dio autoridad para expulsar todos los malos espíritus y poder para curar enfermedades. Después los envió a anunciar el Reino de Dios y devolver la salud a las personas.

Les dijo: "No lleven nada para el camino: ni bolsa colgada del bastón, ni pan, ni plata, ni siquiera vestido de repuesto. Cuando los reciban en una casa, quédense en ella hasta que se vayan de ese lugar. Pero donde no los quieran recibir, no salgan del pueblo sin antes sacudir el polvo de sus pies: esto será un testimonio contra ellos."

En aquel tiempo, el virrey Herodes se enteró de todo lo que estaba ocurriendo y no sabía qué pensar, porque unos decían: "Es Juan, que ha resucitado de entre los muertos"; y otros: "Es Elías que ha reaparecido"; y otros: "Es alguno de los antiguos profetas que ha resucitado." Pero Herodes se decía: "AJuan le hice cortar la cabeza. ¿Quién es entonces éste, del cual me cuentan cosas tan raras?" Y tenía ganas de verlo.

Los poderosos siempre han temido más a los profetas que a los hombres armados. Por una sencilla razón. De los hombres armados se pueden defender. Para eso están los guardias de seguridad, los coches blindados, las medidas de protección, los chalecos antibalas, la eficacia policial, las cárceles, etc. Pero contra los profetas ninguna cosa de esas vale. Los profetas van desarmados. Sólo tienen su palabra y su estilo de vida. Los profetas ponen el dedo en la llaga. Y del dolor producido no hay médico ni servicio de seguridad que pueda proteger. Los profetas son así: débiles pero más poderosos que cualquier misil porque tienen la fuerza de la verdad.

No estamos muy seguros de lo que en boca de Pedro significaba ser el "Mesías de Dios". Pero ciertamente acertó en lo fundamental. Mesías es el enviado de Dios. Jesús se sintió así: enviado por Dios a comunicar a los hombres y mujeres de todos los tiempos la paternidad amorosa de Dios, la invitación que aquel nos hace a vivir en fraternidad, en solidaridad. Hoy para nosotros sigue siendo el enviado de Dios y cada vez que nos conectamos con él y con su mensaje tenemos la sensación de tocar algo que está más allá de nuestras posibilidades y que nos invita a vivir de un modo nuevo. Hoy y para nosotros Jesús es también el "Mesías de Dios".

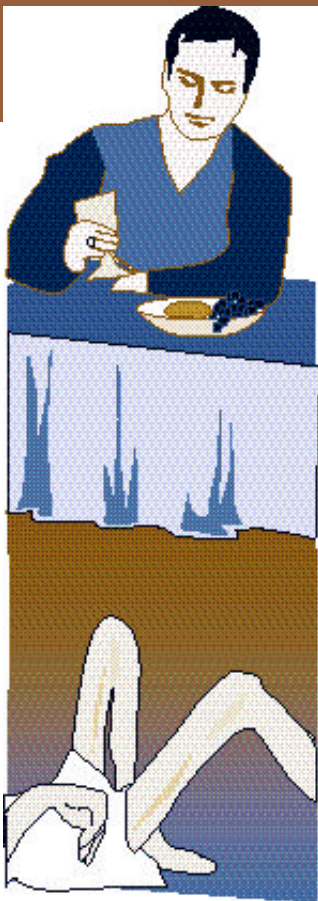
Un día Jesús se había apartado un poco para orar, pero sus discípulos estaban con él. Entonces les preguntó: "Según el parecer de la gente, ¿quién soy yo?" Ellos contestaron: "Unos dicen que eres Juan Bautista, otros que Elías, y otros que eres alguno de los profetas antiguos que ha resucitado." Entonces les preguntó: "Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?" Pedro respondió: "Tú eres el Cristo de Dios." Jesús les hizo esta advertencia: "No se lo digan a nadie".

Y les decía: "El Hijo del Hombre tiene que sufrir mucho y ser rechazado por las autoridades judías, por los jefes de los sacerdotes y por los maestros de la Ley. Lo condenarán a muerte, pero tres días después resucitará."

Mientras todos quedaban admirados por las cosas que hacía, Jesús dijo a sus discípulos: "Escuchen y recuerden lo que ahora les digo: El Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de los hombres." Pero ellos no entendieron estas palabras. Algo les impedía comprender lo que significaban, y no se atrevían a pedirle una aclaración.

"Escuchen bien esto que les digo." Hay cosas en las que Jesús insiste e insiste. Sin temor a repetir la idea, a parecer pesado. Es que sabe que el dolor no nos gusta, que le tenemos miedo. Y sabe también que el dolor y la muerte forman parte inevitable de la resurrección, que no hay pascua sin muerte. Ni la suya ni la nuestra. Jesús nos quiere enseñar algo muy importante: que tendremos que pasar necesariamente por momentos de dolor y dificultad. Pero que esos momentos son la condición indispensable de la resurrección. No llegaremos a la vida nueva si no asumimos esos momentos, los hacemos nuestros y entendemos su sentido.

Con la cantidad enorme de Lázaros que tenemos en nuestro mundo, el cielo va a estar llenísimo. Yal otro lado, unos pocos, los habitantes de los países ricos, van a estar suplicando que alguien les refresque un poco la lengua. Les dirán entonces que ya tuvieron aire acondicionado, buenos hospitales, buenas autopistas y tantas otras cosas. Pedirán que avisen a sus familiares y les responderán que ya tienen el Evangelio y el sentido común para evitar estos males finales. Va siendo hora de que tomemos conciencia de lo que estamos haciendo con nuestros hermanos. Para que no nos pase lo que al rico de la parábola.



Hombre de Dios, procura ser religioso y justo. Vive con fe y amor, constancia y bondad. Pelea el buen combate de la fe, conquista la vida eterna a la que has sido llamado y por la que hiciste tu hermosa declaración de fe en presencia de numerosos testigos. Ahora te doy una orden en presencia del Dios que da vida al universo entero, y de Cristo Jesús, que proclamó a oídos de Poncio Pilato la fe auténtica: guarda el mandato, presévalo de todo lo que pueda mancharlo o adulterarlo hasta la venida gloriosa de Cristo Jesús, nuestro Señor. (...) Al único inmortal, al que habita en la luz inaccesible a quien ningún hombre ha visto ni puede ver, a él honor y poder por siempre jamás. ¡Amén!

Am 6,1-4-7  
Tím 6,11-16

**Lc 16,19-31** Jesús dijo a los fariseos: "Había un hombre rico que se vestía con ropa finísima y comía regiamente todos los días. Había también un pobre, llamado Lázaro, todo cubierto de llagas, que estaba tendido a la puerta del rico. Hubiera deseado saciarse con lo que caía de la mesa del rico, y hasta los perros venían a lamerle las llagas. Pues bien, murió el pobre y fue llevado por los ángeles al cielo junto a Abrahán. También murió el rico, y lo sepultaron. Estando en el infierno, en medio de los tormentos, el rico levantó los ojos y vio a lo lejos a Abrahán y a Lázaro con él en su regazo. Entonces gritó: «Padre Abrahán, ten piedad de mí, y manda a Lázaro que moje en agua la punta de su dedo y me refresque la lengua, porque me atormentan estas llamas.» Abrahán le respondió: «Hijo, recuerda que tú recibiste tus bienes durante la vida, mientras que Lázaro recibió males. Ahora él encuentra aquí consuelo y tú, en cambio, tormentos. Además, entre ustedes y nosotros hay un abismo tremendo, de tal manera que los que quieran cruzar desde aquí hasta ustedes no puedan hacerlo, y tampoco lo puedan hacer del lado de ustedes al nuestro.» El otro replicó: «Entonces te ruego, padre Abrahán, que envíes a Lázaro a la casa de mi padre, a mis cinco hermanos: que vaya a darles su testimonio para que no vengan también ellos a parar a este lugar de tormento.» Abrahán le contestó: «Tienen a Moisés y a los profetas: que los escuchen.» El rico insistió: «No lo harán, padre Abrahán; pero si alguno de entre los muertos fuera donde están ellos, se arrepentirían.» Abrahán le replicó: «Si no escuchan a Moisés y a los profetas, aunque resucite uno de entre los muertos, no se convencerán.»"

Acoger a los pequeños, curar, ayudar a los débiles, eso forma parte del mensaje de Jesús. De esa forma sencilla se construye el Reino. Así lo entendió también el santo que hoy celebramos. Y se dedicó al servicio de la caridad. E invitó a muchos y muchas participar en ese mismo servicio de una forma callada y humilde, sin hacer ruido, pero enormemente eficaz. Quería que sus seguidores hiciesen de los enfermos y necesitados el auténtico templo en el que adorar a Jesús. Entendió perfectamente eso de "el que recibe a..., me recibe a mí". Hoy, escuchamos nosotros la misma llamada a hacer el bien. Porque eso y no otra cosa es construir el Reino.

A los discípulos se les ocurrió preguntarse cuál de ellos era el más importante. Jesús, que conocía sus pensamientos, tomó a un niño, lo puso a su lado y les dijo: "El que recibe a este niño en mi nombre, me recibe a mí, y el que me recibe a mí, recibe al que me envió. El más pequeño entre todos ustedes, ése es realmente grande."

En ese momento Juan tomó la palabra y le dijo: "Maestro, hemos visto a uno que hacía uso de tu nombre para echar fuera demonios, y le dijimos que no lo hiciera, pues no te sigue junto a nosotros." Pero Jesús le dijo: "No se lo impidan, pues el que no está contra ustedes está con ustedes."

Como ya se acercaba el tiempo en que sería llevado al cielo, Jesús emprendió resueltamente el camino a Jerusalén. Envió mensajeros delante de él, que fueron y entraron en un pueblo samaritano para prepararle alojamiento. Pero los samaritanos no lo quisieron recibir porque se dirigía a Jerusalén. Al ver esto sus discípulos Santiago y Juan, le dijeron: "Señor, ¿quieres que mandemos bajar fuego del cielo que los consuma?" Pero Jesús se volvió y los reprendió. Y continuaron el camino hacia otra aldea.

Quando un grupo se siente fuerte y unido tiene una cierta tendencia a mirar a los otros como enemigos. Les pasó hasta a los discípulos de Jesús. Cuando aquella gente de Samaria no dio alojamiento a Jesús, quisieron que bajara "fuego del cielo". Así aprenderían quién era el Maestro. Pero ese no es el estilo de Jesús. El Reino es diferente. No se impone a través de la dominación, del poder y la violencia. Jesús actúa de otra manera. Él no ha venido a condenar y matar sino a salvar, reconciliar, curar. Sus seguidores tenemos que aprender de él. Y resolver nuestros conflictos no a nuestro estilo sino al suyo.

La ciencia nos dice que los ángeles no existen. En la misma Iglesia hay bastantes que opinan que la creencia en los ángeles y en los espíritus no es más que un resto de antiguas supersticiones. No sé si existen o no. Pero me parece mucha pretensión la de estar solos en el universo. ¿Hasta dónde habrá llegado la generosidad creadora de Dios? No lo sabemos. Quizá no lo sabremos nunca.

¿Acaso no es posible que existan otros mundos que hayan entendido mejor que nosotros el mensaje de la fraternidad? ¿Que comprendieran que sólo cuidando unos de otros es como se puede vivir en plenitud la vida que Dios nos ha dado?

Quando Jesús vio venir a Natanael, dijo de él: "Ahí viene un verdadero israelita: éste no sabría engañar." Natanael le preguntó: "¿Cómo me conoces?" Jesús le respondió: "Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas bajo la higuera, yo te vi."

Natanael exclamó: "Maestro, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel." Jesús le dijo: "Tú crees porque te dije que te vi bajo la higuera. Pero verás cosas mayores que éstas.

En verdad les digo que ustedes verán los cielos abiertos y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del Hombre."

En aquel tiempo, el Señor eligió a otros setenta y dos discípulos y los envió de dos en dos delante de él, a todas las ciudades y lugares adonde debía ir. Les dijo: "La cosecha es abundante, pero los obreros son pocos. Rueguen, pues, al dueño de la cosecha que envíe obreros a su cosecha. Vayan, pero sepan que los envío como corderos en medio de lobos. No lleven monedero, ni bolsón, ni sandalias, ni se detengan a visitar a conocidos.

Al entrar en cualquier casa, bendíganla antes diciendo: La paz sea en esta casa. Si en ella vive un hombre de paz, recibirá la paz que ustedes le traen; de lo contrario, la bendición volverá a ustedes. Mientras se queden en esa casa, coman y beban lo que les ofrezcan, porque el obrero merece su salario.

No vayan de casa en casa. Cuando entren en una ciudad y sean bien recibidos, coman lo que les sirvan, sanen a los enfermos y digan a su gente: El Reino de Dios ha venido a ustedes. Pero si entran en una ciudad y no quieren recibirlos, vayan a sus plazas y digan: Nos sacudimos y les dejamos hasta el polvo de su ciudad que se ha pegado a nuestros pies. Con todo, sépanlo bien: el Reino de Dios ha venido a ustedes. Yo les aseguro que, en el día del juicio, Sodoma será tratada con menos rigor que esa ciudad."

A los misioneros les gustaría que su trabajo fuese así de sencillo, simple incluso. Pero este mundo nuestro es muy complicado. Hasta ser misionero se ha hecho difícil. Hay que aprender lenguas, asimilar culturas, hacer largos viajes (para los que se necesita algo más de lo que dice Jesús), gastar dinero en abrir instituciones y un largo etcétera. Todo eso es cierto. Pero hay una actitud básica que el misionero cristiano, o mejor el cristiano, no puede perder: es la sencillez, la cercanía a las personas concretas, la capacidad de llevar consigo la paz y la presencia amorosa de Dios. Al final, seamos honestos, todo eso es más importante que lo primero.